

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 29 DE MAYO DE 1921

NÚM. 19.444

## LOS RUSOS EN PARÍS

ESTE año los rusos han realizado en París una gran ofensiva... teatral. Y París ha sucumbido, admirado y risueño. Dos grandes artistas rusos, el actor Pitoëff y el director Balieff, han sido los capitanes de esta invasión y los adalides de esta victoria. Pero cada cual ha vencido a su modo, con armas diferentes y en sectores distintos de París... Pitoëff, extraño, taciturno y enfermizo, actor fúnebre y casi espectral, ha esgrimido las espadas rojas y negras de la gran dramaturgia rusa: su repertorio ha sido el de Gogol, Tolstoi, Tchekhoff, Gorki y Andreeff. Nikita Balieff, por su parte, ha empleado la sonrisa, la gracia, la caricatura, el arañazo, la pincelada, la nota nueva: mitad *ballet*, mitad pantomima. Y ha vencido más fácilmente que Pitoëff.

Porque mientras Pitoëff, que comenzó en Montmartre, en el teatro Moncey, su temporada rusa (en francés: los rusos llegan a hablar el fran-

cés a la perfección; lo único que se les resisten son las erres, que pronuncian *ere*), tuvo que pedirle hospitalidad a Jacques Copeau, en el *Vieux Colombar*, para cuatro representaciones de *El tío Vania*, de Tchekhoff, y ahora a Gemier, en la *Comédie Montaigne*, porque a la sala montmartresca del Moncey no le iba un alma, el bueno de Nikita Balieff se instaló en la bombonera del teatro *Fémina*, en el París rico, elegante y algo *snoob* del barrio de la Estrella, y ahí sigue haciendo reír, interesando, conmoviendo y ganando. Este Nikita es admirable. Hablemos de él...

Se trata de un ruso limpio, todo afeitado, con una cara ancha, inteligente y burlona. Habla el francés deliciosamente mal, y por eso gustan

Nikita Balieff, el «Maese Pedro» ruso

tanto las palabras que dice a telón caído, al anunciar los números de su espectáculo. Viene a ser un Maese Pedro de ahora; un Maese Pedro de frac y con zapatos de charol. A París le ha caído en gracia Nikita. Y cátese a Nikita triunfador y antibolchevista. Es lo que él se dirá: «De haberme quedado en Moscú con mi retablo y mis muñecos, no podría representar sino la *Danza Macabra*. ¡Vivan la burguesía y la civilización occidental!»

El teatro de Nikita Balieff se llama «Teatro del Murciélago», y es—o era—una de las curiosidades artísticas de Moscú, del Moscú anterior a Lenin. Balieff, en realidad, ha venido a París con sus actores huyendo de la quema y del hambre. Una noche hablé con el encantador Nikita, y Nikita,

## EL MURCIÉLAGO DE MOSCÚ

poniéndose un poco serio y con cierta emoción, me explicó los orígenes, los propósitos y la textura de su teatro. Pueden resumirse así:

«El Murciélago» nació en el seno del Teatro de Arte, de Moscú, cuya celebridad se extendía más allá de las fronteras rusas: era el Teatro Libre o *L'Oeuvre de Moscú*. Al principio, «El Murciélago» era algo así como una tertulia de los artistas del Teatro de Arte y sus admiradores, que tenía lugar después de la función. A causa de su nocturnidad, aquella tertulia recibió el nombre del ratón aviador y noctívago. Era una tertulia íntima, un círculo cerrado, un alero inaccesible: los murciélagos no se hablaban con nadie; se divertían solos.

El público, naturalmente, quiso ver cómo giraban y fumaban aquellos murciélagos; quiso asistir a sus graciosos misterios, a sus festines poéticos... Y «El Murciélago» desplegó sus membranas y dijo: «Dejad que las multi-



ACUARELA DE SOUDEIKINE PARA LOS TRAJES DE «KATINKA», UNO DE LOS MÁS PINTORESCOS ESPECTÁCULOS DEL TEATRO DEL MURCIÉLAGO]

El padre

Katinka

La madre



«¿Se acercan a mí.» Pero la entrada del público en el Teatro del «Murciélago» no modificó su carácter fundamental. Y siguió siendo el teatro del buen humor, en el que una forma ceñida y condensada se une a un colorido vigoroso y directo, y en el que el gusto de la estilización, la depuración, el refinamiento y la originalidad alcanzan el más alto grado.

—Sí—dice Nikita—; nosotros hemos hecho un culto de la estilización, del juego armonioso de los colores, de la expresión concentrada, y procuramos crear entre la escena y el auditorio una íntima comunión de sensaciones y de ideas...

Y lo han conseguido. Todas las «creaciones» del «Murciélago» se desenvuelven sobre una trama luminosa. Todo—la «charge», la payasada, la sátira, el entremés, la pantomima, la opereta breve, el bailable, el poema, las canciones—se realza con los más refinados recursos de la escena moderna. La palabra, la mímica, la danza, la música, la pintura, reciben en el Teatro del «Murciélago» la

misma expresión sintética y depurada, el mismo fervor estético.

¿Acierta siempre Nikita? Casi siempre. Y esto, sin duda, por la universalidad de su repertorio. Puede decirse que el Teatro del «Murciélago» es una interpretación rusa de los temas líricos y literarios del mundo entero. Nikita pone en escena una jornada del «Decamerón», igual que un cuento de Maupassant, una sátira de Pouchkine o unas romanzas de Mousorgsky.

Si viniese a Madrid le veríamos interpretar un entremés de Cervantes.

¿Y por qué no vendría Nikita, el delicioso Nikita, a Madrid? Haría mucha gracia y traería algo nuevo y noble: un arte puro, un arte férvido, un arte de comprensión universal. Lo bueno de Rusia no está en los hombres trágicos, como Lenin, sino en los hombres como Nikita, que hablan y sonríen en nombre de Apolo y no en el de Carlos Marx... ¡Vengan a España los artistas rusos!

Alberto INSUA

## EL ENCANTO DE IGNORAR

I

EVARISTA se encaminaba al boudoir de la marquesita de Parque-Florida recitando una letanía de súplicas y de advertencias. Al transponer el umbral, la sonrisa de Catalina la hizo enmudecer. Era dueña de su corazón y de su albedrío. Ante sus caprichos, ahora candorosos e ingenuos como un cuento infantil, se doblegaba satisfecha, y eran órdenes sus deseos y leyes sus insinuaciones. Si bajo su frente se forjaran locuras moeriles, ella, incapaz de una negativa ni de un reproche, la seguiría sumisa, resignada, con tal de que el dolor no ensombreciera sus pupilas claras.

Catalina hallábase en traje de fiesta. Evarista, con sus manos huesudas, torpes, a causa de los años y de la artritis, la puso una salida de teatro, azul, bordeada de marta. La marquesita interrogó:

—¿Está todo dispuesto?

—Todo, señorita. Hoy, como siempre, triunfa su voluntad, y quiera el cielo que la aventura no nos cueste cara a las dos...

—Calla, calla, viejecilla gruñona. Sabes muy bien que nada hay de malo en este capricho mío. Es un capricho de media hora para satisfacer la curiosidad.

—Acabará por tener razón, y más vale no tentar al diablo. Vamos, niña, al baile. La pobre vieja lanzada de pronto a la sala del Real... ¡Lo que puede el cariño de mi rapazuelita!

—Sí; pero sin ceño y sin disgusto. A ver, una sonrisa y un beso.

Terminó por reír. Catalina, entonces, empujola suavemente hacia la puerta, imponiendo silencio. Por la escalera de servicio bajaron al jardín en sombra. Cruzaron un caminito breve, cubierto de humedad y de hojas enlodadas.

En la penumbra se adivinaba la silueta grácil de la marquesita. Entre sus crenchas brillaban, como luciérnagas, unas preceas diamantinas. Tras el misterio de la verja un coche esperaba...

El portero, con su librea verde, sus patillas luengas, grises, y dos relucientes medallas en el pecho, que decían de su antigüedad en la casa y del copete de sus dueños, abrió la portezuela. Un punto se destacaron, a la luz tenue de los faroles, los cabellos de oro y los cabellos de nieve... Luego, el coche partió hacia el paseo de la Castellana, abrigado por la lluvia...

II

Catalina había quedado huérfana a poco de nacer. La duquesa de Navia, una dama de excelsas virtudes, bella y afable, acabó las jornadas de su vivir el mismo día en que fué madre. La esperanza de tener un hijo—único afán que el Destino parecía negarle—la estremeció muchas veces. Estaba segura de que la felicidad de su marido era incompleta sin la presencia de un heredero de sus títulos, de su estirpe, de sus honores. Pero al escuchar el llanto de la pequeñuela, que hubiera puesto deliciosas inflexiones en su existencia, demasiado recta y demasiado árida, no pudo dejar sobre su frente el primer beso. Al despertar la hija se dormía la madre para siempre...

Acongojó al esposo, además de la muerte de su compañera, el sexo de la recién nacida. Había sido el duque, desde sus mocedades, uno de esos jovencitos «juiciosos» que las personas graves señalan como modelo de austeridad, rigidez y compostura. De muchacho no gustó de holgorios ni de zambras. Su carácter hueraño, retraído, hizo que el futuro se des-

doblara con igual gravedad. La que después había de llamarse su esposa fué su primer amor, un amor discreto, reposado, que le consintió percatarse, primero, de su conveniencia.

Presto fué otoño en sus corazones. El marido no supo acallar el secreto anhelo que toda mujer lleva dentro del alma y que es algo impreciso, brumoso, hasta que la niegan la dulzura suprema de vivirlo. Faltaban en aquel hogar intimidades, confidencias. Las almas y los cuerpos estaban a toda hora en guisa de recibir una visita de cumplido. El duque, encoquetado, taciturno; la duquesa, linda, inteligente, pensando desolada que la bondad y la ventura no son inseparables.

Al quedar viudo, el padre de la marquesita mostró un nuevo ejemplo con su duelo.

Cerráronse los salones de su palacio y consagróse por entero a la custodia de la hija y a venerar el recuerdo de la esposa.

Catalina se educó en el ambiente luctuoso de la casa ducal, como un pajarillo enjaulado. Cuando a los quince años—pensando colmar su contento—la hicieron trasladarse al departamento de la madre, ornado y dispuesto como ella lo dejara, tuvo el primer instante de melancolía. La sombra del pasado flotaba sobre las paredes, sobre los muebles, un poco anticuados y un poco tristes. La marquesita de Parque-Florida, parlanchina, risueña, dejando triunfar su alegría, quiso que su cuarto fuera como su carácter, como sus ilusiones: moderno, soleado, con divanes amplios, propicios a la remembranza y al ensueño, espejos que acentuaran su coquetería, sillitas diminutas, mesitas frágiles, que tienen mucho de infantil y parecen invitarnos a amañar nuestro espíritu; lámparas empantalladas, almohadones de colores fuertes, figurinas, terracotas, pájaros y flores, que riman las quimeras femeniles cuando no se han cumplido veinte años...

Pidió unas habitaciones orientadas al Mediodía, que se amueblaron bajo su dirección, olvidando las otras hoscas, fúnebres, que la decían, sin que lo comprendiera, una pena ignorada.

Poco después del vestido largo llegaba el primer novio, un muchacho de la última hornada, atildado y frívolo, cuyas ambiciones de momento eran un automóvil, dos o tres caballos de carreras, un

buen sastre, la amiga más bonita, más gentil, para lucirse a su lado, por las noches, en Maxim's o en Rosales, y la novia más elegante, más linajuda, para mostrarse orgulloso con ella en la Castellana y en la función de moda de un teatro.

Afortunadamente, se hallaban los dos en esas horas de indecisión y aturdimiento que son el prólogo de la vida. Ni uno ni otro oteaba el mañana. Eran tentativas los sueños, los amores. Faltaba la consistencia del cerebro formado y el despertar del corazón.

Los años transformarían a la marquesita en una mujer apasionada, toda emoción y ternura, dejando a su prometido en el mocito vulgar y vago de hoy, como esos muñecos con caras de niños a los que, para trocarlos en hombres, cambian el traje y añaden el bigote.

Catalina estaba plenamente satisfecha. Su rondador tenía una figura decorativa y una conversación superficial regocijada. Una de sus amigas, con fama de decidida y desenvuelta, la advirtió un día que «Agustín era muy castizo». No comprendía ella con exactitud el significado del vocablo; pero quiso incorporarlo a su léxico como pudiera adicionar al adorno de su persona: una novedad impuesta por la moda.

Antojábansele fugaces y gratos los coloquios, suponiendo—otra sospecha se la vedaba su candor—que las horas no consagradas a su devoción se las hurtaban el auto, el entretenimiento de los purasangres dispuestos para las carreras de primavera, un poco los libros y un mucho los amigos... Gustaba el encanto de ignorar...

III

El cupé seguía rodando, bajo la callada negrura de la noche, camino del Real. Catalina, inquieta y caprichosa, acudía a un baile de máscaras—para ella algo tentador—con la terquedad inconsciente del pequeñuelo obstinado en asomarse a un precipicio.

Ahora medía la trascendencia de su empeño. Recordó al padre, confiado, ajeno a su locura; al novio, que de seguro no la creía solicitada por la fiesta nocturna. Sintió miedo y le faltó valor para proclamarlo ante su dócil y resignada compañera.

Habiase detenido el coche cerca de la puerta del coliseo, esperando que otro, situado delante, le dejara el sitio. Un golfillo astroso, mostrando entre los jirones de su traje el cuerpo aterido, aguardaba.

Fué todo obra de unos segundos. Del carruaje que precedía al suyo descendió Agustín. Bajo la chistera brillante vió Catalina el rostro, casi oculto por el cuello del abrigo de nutria. Volvióse Agustín rápido para ofrecer la mano a una muchacha rubia, esbelta, mimbreña. Emparejados penetraron en el teatro. Catalina creyó que un vestigio se los había tragado.

Desplomóse sobre el asiento. Evarista, alarmada, asomando la cabeza por la ventanilla, gritó al cochero:

—Vuélvete a casa, aprisa.

El pilluelo, con una sonrisa estólida, alargaba su diestra pedigrüña. Cruzaron la plaza de Oriente. Pronto se repuso la nena. Tenía secas las fauces, estuosa la frente. No se daba cuenta de lo accaduto. Quedóse desconcertada, absorta, sin lágrimas y sin coraje. Parecíale vacío su cuerpo, igual que el de un polichinela al que hubieran quitado el serrín. Hubían ensueños, ilusiones, proyectos... Y el corazón, como una paloma amenazada, parecía haber huido también...

José María DEL BUSTO

### POETAS JÓVENES

## LOS TEMAS ETERNOS

Virgen, cándida virgen de ojos dulces y tiernos:  
tú eres la blanca estrella de mi romanticismo,  
y el amor y la muerte son los temas eternos  
que tú me inspiras siempre que en tus ojos me abismo.

¡Oh, bella virgen blanca! ¡Si pudiéramos vernos  
y contarnos las ansias de nuestro lunatismo,  
y en un beso muy fuerte llegar hasta bebernos  
nuestras almas sedientas de sentimentalismo!...

Virgen, cándida virgen: tu alma es como el perfume  
divino de la rosa. Mi vida se consume  
aspirando el aroma de tu alma virginal.

¡Tristeza de amar tanto! ¡Tristeza presentida!  
Mi tristeza es más honda: ¡Se me ha muerto la Vida,  
y por eso soy triste! ¡Triste y sentimental!

Armando BUSCARINI



# Las custodias de los Arfes

**D**EBEMOS asociar el nombre de los Arfes al de la fiesta del *Corpus Christi*, que España entera celebra con la mayor solemnidad. Tres artífices, Enrique, Antonio y Juan de Arfe, que florecieron, respectivamente, a principios, a mediados y a fines del siglo XVI, representan y resumen la evolución del estilo que en materia de orfebrería nos ofrece la historia del Arte nacional.

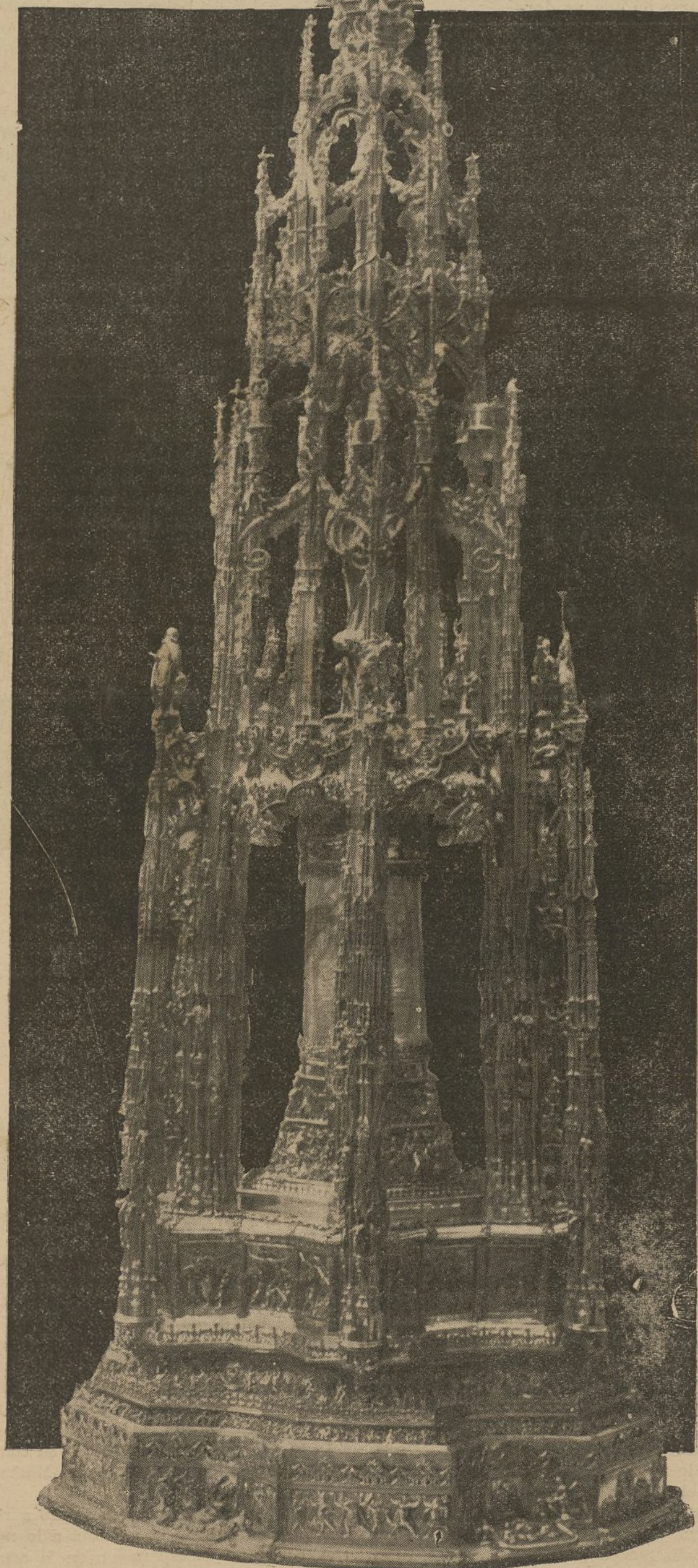
La dinastía de los Arfes llena, pues, una gloriosa centuria. Maestro Enrique, firma en 21 de enero de 1501 el contrato para ejecutar una custodia con destino a la catedral de León; el 1 de abril de 1603 muere en Madrid su nieto Juan de Arfe Villafañe. Cuanto se sabe hasta el día de los tres orífices ha sido consignado en notable libro por un doctísimo escritor: D. Francisco Javier Sánchez Cantón. Su volumen sobre *Los Arfes*, editado por la Casa Calleja, es, en su género, un modelo; y en tal concepto lo utilizamos hoy para redactar este artículo informativo.

Ocho leguas al norte de Colonia, en la Alemania renana, hay un humilde pueblo, Ilariff, del cual tomó apellido, castellanizándolo, el Maestro Enrique, sin duda por haber nacido allí. En algún documento se le llama Enrique de Colonia, de seguro porque ahí fué donde se formó como platero y por proceder de dicha ciudad, verdadera guardadora, desde el siglo XI, de la tradición en el labrado de los metales preciosos.

Conforme a la costumbre, dió por muestra, ante los capitulares de León, «un pilar que tiene fecho». En 1506 la obra no adelantaba nada. Transcurrieron los años. Probablemente en 1515, la custodia estaba terminada. Pesaba ocho arrobas, tenía unas cinco mil piezas y llegaba su altura a unos diez pies. Remataba en un chapitel de masonería; en el cuerpo principal, las estatuas de los cuatro doctores de la Iglesia, y cuatro ángeles incensando rodeaban el viril; en otro cuerpo aparecía la Flagelación. Joya tan singular no existe, por desgracia. En 1809, la Junta Suprema del Reino, queriendo librarla de los franceses, ordenó que fuese enviada a Sevilla, y... en Sevilla la fundieron para hacer moneda.

Cuando todavía le ocupaba en su taller la custodia de León, comenzó una para la catedral de Córdoba, bajo el pontificado del obispo D. Martín Fernández de Angulo (1516); se estrenó en la procesión del Corpus el año 1518, y, no obstante las renovaciones que sufrió en el siglo XVIII, considérasela, tal vez, la más hermosa entre las custodias nuestras. Rivalizando con ella, y, en opinión de algunos, superándola, la de Toledo, si menos «elegante y esbelta», es, en cambio, más « sencilla y clara», lo que se explica por el pujante influjo italiano a expensas del gótico que tocaba en sus postrimerías.

Definido el tipo de custodia española con las del Maestro Enrique, importa reconocer las cualidades que sus producciones artísticas poseen: la traza arquitectónica equilibrada y ordenada, permite el desarrollo de los elementos decorativos con exquisito sentido del color,



CUSTODIA DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.—Fotografía D. E. Sotomayor

empleándose al efecto el oro y la plata, bruñidos o mate.

Presúmese que el hijo del Maestro Enrique, Antonio de Arfe, segundo de los grandes orfebres así apellidados y émulo de los Bexerril, vino al mundo hacia 1510, en León. No se tienen noticias de obras suyas con anterioridad a 1539. Se le atribuye la custodia de Fuente-Ovejuna (Córdoba), y consta que ese mismo año contrataba una para la basílica compostelana. En 1545, tras varias diferencias con el Cabildo, suscribió con éste un acuerdo, y le entregó concluida la custodia.

En la mencionada, y en la de Medina de Rioseco (¿1552? ¿1554?), adoptó Antonio de Arfe la forma de templete; cuatro cuerpos sobre repujado basamento, dentro del gusto plateresco más suntuoso.

El grupo central, en la de Rioseco, atrae toda nuestra atención. Tañendo el arpa y cantando, el rey salmista David precede a los cuatro levitas que conducen el arca de la Alianza. No lo encontramos falto de emoción ni sobrado de movimiento aborascado. Disentimos, por tanto, del Sr. Sánchez Cantón, por situarnos en otro punto de vista. Cierzo que la nota de violencia que da Antonio de Arfe es la corriente en la escultura coetánea española; mas Alonso Berruguete infunde a esa dinamismo tan fuerte y arrebatado espíritu tal, que todos los demás escultores se nos antojan declamadores ampulosos.

Nosotros nos referimos al barroquismo: ha de verse en el grupo aludido uno de los primeros impulsos con que asoma el barroco por terreno artístico castellano; y de no fijarnos en semejante aspecto no advertiremos luego el barroquismo de los Vergaras en los dos facistolos que se usan en el coro de la catedral toledana. Una de las historias de los mismos representa a David ante el arca de la Alianza. Igual sentido se descubre que en el grupo de Arfe; el Renacimiento evoluciona hacia el barroco, poniendo en las formas amplificadas flameante inquietud para producir una impresión de grandeza sobrenatural.

El tercero de los Arfe, Juan, nació en León el año 1535. Traslado de niño a Valladolid, halló aquí su espíritu humanístico, dilatadas perspectivas ideales, y más tarde, en Salamanca, estudiando las proporciones del cuerpo humano.

En sus manos, el arte de la orfebrería se convierte en calculada razón arquitectónica, tratando la plata. La custodia de Avila (1564-1571) ampara la decoración plateresca, en pugna con el concepto clasicista a que sometía la estructura.

Lejos, harto lejos de las fantasías platerescas de su padre Antonio y de los primores góticos de su abuelo Enrique, Juan de Arfe Villafañe no responde, ni con sus inspiraciones ni con su estilo, a la españolista opulencia de las antiguas custodias, en que la línea animada siempre y el sutil exorno, tornan el metal en delicado encaje.

Angel VEGUE Y GOLDONI



# Buby quiere ser detective



**B**UBY había leído, y hasta se sabía de memoria, las hazas de Sherlock Holmes, Nick Carter, Pinocho y otros detectives de fama mundial.

Y cuando aquel día de su cumpleaños, el tío Luis, después de regalarle un estupendo triciclo, le preguntó «¿qué pensaba ser cuando fuese mayor?», Buby respondió sin vacilar: «Detective.»

Después de esta declaración rotunda y sensacional, se montó sobre su triciclo y se fué a «probarlo» por la carretera.

(Había olvidado decir que Buby se hallaba veraneando con su familia en Mirahojas de la Sierra.)

Mientras agitaba sus piernecitas «dragando kilómetros», según pensaba él, Buby meditaba acerca del provenir, como conviene a un caballero en el día que cumple diez años.

Sí, él sería detective; pero, ¿por qué esperar a ser mayor? ¿Por qué no había de tener él la suerte de encontrar en seguida algún asunto extraordinario que le permitiese dar a conocer al mundo sus maravillosas dotes detectivescas? ¿Qué sorpresa para todos y qué humillación para el tío Luis, que no había logrado reprimir, al oír su contestación, cierta sonrisa que muy bien podía ser de incredulidad!

¡Ahora verían!

A todo esto, nuestro *triciclista* llegó a un bosquecillo alegre y apacible, pero que, dada la disposición de espíritu de Buby, se le antojó tener cierto carácter misterioso de selva virgen. Se apeó y se recostó contra un árbol para descansar de aquella carrera que acababa de efectuar.

Cerca de allí, al otro lado del bosquecillo, vislumbró una casita destartallada; y con ese olfato especial de los detectives, le notó en el acto no sé qué aspecto singular y hasta sospechoso.

—Nada me sorprendería—pensó frunciendo el ceño—que esa casa sirviese de lugar de cita a alguna partida de bandidos.

No bien acababa de hacer esta reflexión, oyó el ruido de una bocina y vio que un automóvil gris se acercaba a toda velocidad por la carretera; ¡cuál no fué su sorpresa al observar que el auto se detenía ante la casita destartallada!

—¡Cosa más rara!—murmuró nuestro Buby, y aguzó sus cinco sentidos.

Como medida de precaución se ocultó detrás del árbol y asomó la cabeza para ver qué pasaba.

Del auto bajaron tres hombres; dos iban de gorra y tenían un aspecto muy poco tranquilizador, aunque Buby sólo los viese de espaldas. El tercero estaba elegantemente vestido, demasiado elegantemente, pues siendo las once de la mañana, llevaba una levita estupenda y una chistera deslumbrante.

Penetraron en la casita; pero al ir a entrar el tercero, se volvió, sin duda para dar una orden al «chauffeur», y Buby hubo de ahogar un grito de asombro: aquel hombre llevaba la cara cubierta por un antifaz de terciopelo negro.

Ni siquiera intentaré describir los sentimientos de nuestro aprendiz de detective: asombro, alegría, terror; ¡qué sé yo!

Las ideas más disparatadas se agolpaban en su cerebro. Lo primero que hizo fué pellizcarse fuertemente para asegurarse de que no dormía; no, estaba despierto; tan despierto como yo al relatar esta historia espeluznante y vosotros al leerla.

¿Qué hacer? Un momento cruzó por su mente la idea de echar a correr y contárselo todo a papá; pero la rechazó con indignación. ¿Ir a avisar a la Guardia civil? Tampoco. Era necesario aprovechar la ocasión para aclarar aquel asunto extraordinario y sorprender luego al mundo entero en general, y al tío Luis en particular. ¿Entrar a su vez en la ca-

trama del misterioso suceso. Sin duda alguna, aquella desdichada pertenecía a una aristocrática familia mirahojense, y el hombre

del antifaz negro la secuestraba para sacar dinero a la susodicha familia. En cuanto a su plan, estaba hecho también: lo primero, aprovechar uno de los viajes, de sábado a lunes, de papá para ir a Madrid; ya en la capital, averiguar quiénes eran los dueños del auto número 24.287; lo demás, corría de su cuenta, concluyó con gran seguridad.

Los días que pasó en Mirahojas los dedicó a indagar quién había desaparecido en el pueblo; pero sólo se había notado

ignoraba su nuevo cargo de detective, y era menester dar con el auto gris número 24.287.

Y una mañana en que Buby pasaba por la calle del Barquillo estuvo a punto de lanzar un grito de triunfo: un auto gris se hallaba ante una confitería; tenía el número 24.287. Con su sangre fría acostumbrada, Buby se detuvo ante una tienda de juguetes y se puso en observación.

De la confitería salió un señor de aspecto distinguido e insignificante que llevaba en la mano un paquetito atado con una cinta rosa. El caballero subió en el auto, y éste desapareció.

La imaginación de Buby volaba y brincaba; seguramente aquellos dulces estaban destinados a envenenar sutilmente a la mujer secuestrada. ¿Cómo impedir aquel nuevo crimen?

Volvió a su casa sin haber resuelto nada todavía; ni aun el anuncio, hecho por papá, de llevarle al cine por la tarde, logró impresionarle... ¡y eso que se trataba del cine!

Buby asistió imperturbable al desfile de películas: el bigote minúsculo del ídolo Charlot le dejó indiferente, lo mismo que la panza del amigo Fatty. Solamente se estremeció ante el título del film policíaco: «El hombre del antifaz.»

Esto trajo a su memoria el drama presenciado en el bosquecillo-selva virgen de Mirahojas, y le pareció ver de nuevo la casita destartallada, el caballero misterioso, el automóvil gris, la mujer desmelenada. Pero, ¿qué era aquello? No es que le pareciese verlo, sino que lo veía en realidad, y lo veía allí, en la cantalla.

Buby se restregó los ojos, se pellizcó, como aquella vez; pero no, tampoco ahora dormía; y, además, veía una cosa que no conocía: en una esquina de la pantalla aparecía, detrás de un árbol, su propia cabeza, la cabeza de Buby detective, de un Buby espantado, aterrorizado, desencajado.

Ya papá se había vuelto hacia su hijo:

—¡Mira, Buby! ¡Si ése parece que eres tú! ¿Cómo es eso?

Ahora Buby lo comprendía todo: el drama era la impresión de una película; la mujer secuestrada, una actriz, y actores también el caballero del antifaz y los dos hombres de aspecto patibulario; y la casa destartallada, tan pronto desaparecida, era sin duda una casita desmontable de cartón.

¡Qué horror! ¡Tener que confesarlo todo! Pero a papá le hizo aquello tanta gracia, que Buby, al principio rojo de vergüenza, acabó por reírse también. Y luego, el sábado, en Mirahojas, resultó hasta glorioso referir a toda la familia reunida la maravillosa aventura.

Además, el honor de haber salido en una película, bien valía la pérdida de sus ilusiones detectivescas.

Y en su fuero interno, Buby pensaba ya: —¿Y si en lugar de detective me hiciera pelicularo?

Magda DONATO



sita, apuntar a los bandidos con un revólver y mientras tuviesen las manos en alto registrarles los bolsillos y hacerles hablar? Eso hubiera estado muy bien; pero... Buby no tenía revólver.

Decididamente, lo más cuerdo era esperar los acontecimientos y desplegar, si no un heroísmo inútil, perjudicial... e imposible, por lo menos, un ingenio y una sagacidad dignos de un perfecto detective.

No tuvo mucho que esperar. A los cinco minutos el enmascarado reaparecía; detrás de él venían los dos hombres, y éstos, ¡horror!, arrastraban a una mujer desmelenada, que se retorció desesperadamente, con la boca amordazada por un pañuelo. La metieron en el auto, subieron todos, y el carruaje trágico desapareció a toda marcha, no sin que Buby, siempre previsor y lleno de una sangre fría que a él mismo le maravilló, apuntase en su memoria el número del auto, 24.287.

Luego saltó sobre su triciclo y echó a correr detrás; pero el auto debía de ser de una marca privilegiada, pues Buby no logró darle alcance; sólo pudo ver que emprendía el camino hacia Madrid.

Cuando volvió a su casa, pensativo, ya tenía descubierta, por deducción, toda la

la falta de un cerdo y tres gallinas. Sin duda, por razones especiales, la aristocrática familia mirahojense ocultaba la desaparición de su hija.

El domingo, Buby, reuniendo heroicamente todo su valor, volvió al bosque trágico; una sorpresa le esperaba, mayor que todas las otras: la casita destartallada había desaparecido.

El lunes, papá, encantado con su compañía, consintió en llevárselo a Madrid por una semana.

Ya en la capital, Buby se dedicó a recorrer las calles de la mañana a la noche, con gran desesperación de la criada, que no esperaba su visita y pensaba aprovechar el veraneo de la señora para dormir todo el día; pero en Madrid, Buby no tenía licencia para salir solo—papá



# LAS ROSAS DE HÉRCULES



Bajo las rubias ondas del estío inclemente,  
por apacibles cuencas y agrestes peñascales,  
Hércules recorría las tierras de Occidente.

Eran las venturosas épocas iniciales  
cuando los sacros númenes de bondadoso ceño  
solían su apariencia mostrar a los mortales.

Iba alegre, poseído de un desmedido empeño;  
el loco aturdimiento tronchaba los arbustos,  
vagando a la ventura, bárbaro y zahareño.

Cantaba: el vago viento prendía los augustos  
sonidos, y los ecos lejanos repetían  
la franca explosión de los pulmones robustos...

Unánimes, al paso del semidiós, rendían  
vegetales y bestias admiración conjunta;  
ya los preclaros hechos las famas elegían.

Y ya la prestigiosa celebridad, presunta  
del avatar paterno los épicos azares.  
La clásica belleza, gloriosamente, ayunta

lo ingrave de Dionysos con el vigor de Ares;  
bajo su piel nevada de adolescente griego,  
proyéctanse los rectos contornos musculares...

Pesaba el mediodía como un airón de fuego;  
y, gloria del verano, la cigarra cantora,  
rarraba en lengua delia, con monacorde juego,

bélicos episodios de alguna acción sonora;  
y, en excelente exámetro, su perennal suplicio:  
la leyenda patética de Titón y la Aurora!

Ardían las montañas como en un sacrificio;  
y la Tierra, preñada de gérmenes violentos,  
ofrendaba a los cielos el corazón nutricio...

Del calor estival los acometimientos,  
sobre las desnudeces del héroe, punzadores,  
eran cual un enjambre de tábanos hambrientos.



Molesto, el Numan, siente remover sus furores  
y la ínclita soberbia requiere arco y aljaba  
contra los ofensivos, celestes resplandores.

En el cénit, magnífico, el Magno Ardor brillaba;  
fulminando en un raptó de paroxismo ardiente,  
sobre el mar y la costa, la cabellera brava...

Tiende la cuerda el ágil mancebo; de repente,  
del curvado artificio por la sutil garganta,  
parte la aguda flecha vertiginosamente.

¡Fué tan fiero el impulso, fué la violencia tanta,  
que al recobrar el arco la primitiva hechura,  
sintió el arquero, un ápice, ceder la firme planta!

Enojado el profuso monarca de la altura,  
ante el enorme agravio del argólida fuerte,  
cubrió la faz plétórica con densa nube oscura.

Por vez primera, en toda su iluminada suerte,  
un estremecimiento y un hálito glaciales,  
correr los duros miembros, el temerario, advierte...

Vuelve la vista en torno; cabe los matorrales,  
trazando una ancha faja de penumbra olorosa,  
corría un largo seto de silvestres rosales.

Sobre el azul calcando su plenitud umbrosa,  
la voluntad turbada del nómada atraía  
con atracción jocunda, fresca y maravillosa!

Insólito entusiasmo promueve su energía;  
y arrojando las armas, prendas de su coraje,  
hacia el vergel lozano los rectos pasos guía.

Ya sus pisadas huellan la linde del bosque;  
ante sus ojos se abren millares de corolas  
esmalando la negra frondación del follaje:

unas en sangre tintas como las amapolas,  
otras de gamas breves y tonos apagados;  
todas de ensueño plenas, de luz y de aureolas...

Frente a frente, de extraños prodigios animados,  
cogidos en el pasmo de hipnótica influencia,  
los dos contrarios símbolos se miran, fascinados.

Opuestos arquetipos de paz y de violencia:  
las peregrinas rosas, floral aristocracia,  
y el vástago de Júpiter, todo supervivencia;



¡Delicadeza y fuego, fragilidad y audacia:  
los dos rosados vértices de la Sabiduría;  
la conjunción suprema de la Fuerza y la Gracia!...

Lleno el pecho gigante de honda melancolía,  
odia el hijo de Alcmena las furias desatadas  
y el inmortal orgullo de su soberanía.

Ahora, pesaroso de las glorias pasadas,  
refrenando el orgasmo de los instintos duros,  
intenta tocar, tímido, las urnas perfumadas:

Sus manos se entrometen por los brotes maduros,  
y al temblor de los dedos, los pétalos radiantes  
dilucidan la sombra con sus matices puros;

Pululan en el oro solar leves instantes;  
y, ante el crecido asombro del destructor despótico,  
al caer, multiplican los filtros penetrantes.

Dilata el dios las fauces ante el effluvio exótico,  
y el bálsamo enervante penetra en sus sentidos  
al igual que los humos de un hidromiel narcótico.

Apriétanle el cerebro los vahos encendidos;  
y, borracho de aromas, deja doblar, incierto,  
sobre la oliente alfombra los músculos vencidos...

Serenidad... Triunfaba del horizonte abierto,  
de nuevo, el Sol magnífico; y, en el silencio, daba,  
más estridente ahora, su pertinaz concierto

la cigarra sonora, y el Cosmos caldeaba  
en su crisol el vasto designio de las cosas...  
¡Frente al joven dormido, el claro mar, sonaba!

Tal, olvidando, un punto, las gestas azarosas,  
—crepuscular paréntesis en las heroicas lides—  
bajo un cielo del Lacio y en un lecho de rosas,  
soñó su primer sueño de amor el gran Alcides...

Tomás MORALES

Ilustración de E. BRAÑEZ.





# IMPRESIONES DE UN LECTOR

La versión de Francis Jammes

El poeta Francis Jammes no podía encontrar mejor intérprete castellano que Enrique Díez-Canedo. *Del toque de alba al toque de oración (De l'Angelus de l'aube a l'Angelus du soir)*—edición Calpe—es un librito delicioso. No conozco en España otra versión del ingenuo poeta francés, como no sea la que hizo de las *Geórgicas cristianas*, en catalán, mi paisana la poetisa María Antonia Salvá.

Francis Jammes, poeta campesino, primitivista, ingenuo... Un nombre acude inevitablemente a la pluma al hablar de Jammes: Virgilio. Pero yo creo que esta evocación no es la más oportuna. La estilización del uno es, realmente, opuesta a la del otro. Virgilio es un cortesano, refinado, retórico. Francis Jammes pertenece a una generación artística que vió en la ingenuidad un retorno a la visión virgen de la naturaleza y de la vida; un medio para volver a contemplar las cosas con ojos no viciados por la malignidad del arte. Pero, ¿no hay, por el contrario, un refinamiento supremo en esa ingenuidad querida y rebuscada? Me parece que es un personaje de Oscar Wilde quien dice que la naturalidad es la más insostenible de las poses. Y, en verdad, el artificio de no parecer artificioso es una exacerbación de literatura. ¿Conocer a un pintor de grandes condiciones que, buscando la ingenuidad, infunde a sus modelos los rasgos tahitianos, por un contagio de Gauguin?

La libre ruptura de los ritmos tradicionales, a que alude el traductor en sus líneas de prólogo, es la forma instrumental que corresponde a las intenciones del poeta: es un elemento más para producir los efectos de la deseada *naïveté*. Y con todo, acaso la poesía intencionadamente humilde, cándida, en la modernidad francesa, tiene un origen parnasiano: François Coppée. Del parnasianismo, por la evolución de un gran poeta, el ansia de sencillez contemplativa pasó a los acentos de *Sagesse*; y Verlaine, en su misma corrupción de refinado, muestra bien claramente la suprema artificialidad de esa inversión de términos.

En Francis Jammes, la nota geórgica se encuentra atemperada por el recuerdo personal de los orígenes coloniales, una cierta volubilidad de exotismo aventurero que retorna, como ritmo frecuentativo, al azar de las contemplaciones rurales. — ¡Oh, intempestivo recuerdo de Leconte de Lisle y Heredia!—También, por momentos, una obsesión erótica produce efectos de ingenuidad inversa, en que el amor carece de aquellas inquietudes espirituales que atenúan su íntima crudeza.

Francis Jammes, con todo su primitivismo, es una confluencia de las grandes corrientes ancestrales. Su volubilidad clásica, su intención virgiliana, se juntan a la candidez medioeval y no distorsionan su filiación ginebrina: el recuerdo de Juan Jacobo, patriarca de los románticos, surge a cada instante como una asonancia interior.

Y ¿por qué ese simplicismo de visión nos recuerda también, a los españoles, la visión de un escritor que une a su refinada condición de irónico y escéptico una pureza de forma ingenua? Me refiero a «Azorín». Los temas poéticos del uno han sido los del otro: los pueblos, la casa vieja, las figuras graciosas de las jóvenes en la paz provinciana; Herminia,

Celanira, Coralía, Atenaida, Julia, Zulmira, Clemencia...

El primitivismo, descendiente del naturalismo de Saint-Pierre y Rousseau, precursores románticos, es, a su modo, una reacción antirromántica. La tortura espiritual del siglo XIX, la desazón de los grandes inquietos, buscó en la paz de las almas vírgenes consuelo y olvido; una gran sed de ignorancia sedante y bienhechora acometió a los hijos de Adolfo y de René que no habían podido resistir el derrumbamiento de los viejos castillos interiores; y remontaron los grandes ríos paternales con la esperanza de descubrir los orígenes ignotos; pero se abismaron en la contemplación de la corriente que les mecía el alma como en un sueño de recobrada infancia. Nada importaba ya la posesión de las terribles verdades objetivas, portadoras del desencanto: «La iglesia del pueblo era tranquila y gris.» Pero, como apelación al espíritu, yo creo que ese supuesto impulso místico, ese decantado franciscanismo vagamente panteísta produce en los espíritus exaltadamente idealistas un efecto inverso: el de un paradójico epicureísmo del alma. Formas desnudas entre los árboles, «entre los brezos», acuden a la tentación de esos contempladores; y el amor les corona como a viejos faunos, que retornan estragados del sábado de la gran ciudad y se tienden en la era de Virgilio o en las sementeras del Tibur de Horacio...

Hay cierta monotonía, intencionada también, en el martilleo de los temas obsesionantes. El poeta se ha fundido en el seno de la Diosa Madre. Como en Fray Luis, esa contemplación asciende a las bellas ilusiones platónicas: «Vuelan pájaros de oro sobre el mar, en cielos que tú y yo vimos antes de existir.» Las formas se devuelven a su intacta belleza pristina; y a esa luz diríase que tienen una misma trascendencia de mitos el pavo real de Juno y el asno de Sileno.

Pero la centella de lo que llamaríamos *poesía ulterior* salta sobre el hogar aldeano por momentos; y así, el campesino simbólico se adelanta, con sus bueyes, «entre la sombra de la noche, que descende sobre nuestro corazón y sobre el mundo». Por momentos también la solemnidad de los ritmos perfectos se despliega como un manto cortesano, descubriendo en el fondo del viejo arcón lugarito. O acaso el viento, el viento triste, aporta el eco de las rapsodias pomposas y la estrofa se acomoda al diapason lejano, involuntariamente, con cierto balbuceo de reminiscencia...

## Rudezas

Aquí está, precisamente, un libro español de versos que buscan, aunque por otro camino, la ingenuidad: su autor, J. Martínez de Sotomayor, lo titula *Rudezas*. Está escrita en el lenguaje dialectal de los campesinos de Almería. Sus precedentes son Gabriel y Galán y Vicente Medina. Poesía geórgica, claro está, pero conseguida substituyendo el poeta su alma con la de los propios gañanes que quiere poetizar, bien a la inversa de los pastores idílicos. Yérguese sobre esos versos un alma colectiva de parias, esclavizados por una tradición que ha convertido en fatal y divina servidumbre la vinculación de esos hombres a sus tierras, a un tiempo amadas y tiranas, en poder de señorías cuya justicia no se atreven los siervos a escudriñar...

Andrés González Blanco ha puesto al

ese libro un prólogo gentil, exaltadamente laudatorio. Villaespesa corona el volumen con un sonoro epílogo. Sí; ciertamente. Martínez de Sotomayor es un poeta. Pero hay un amargor de hierba regada con sudores de ilota en esos gritos a veces casi bestiales. No es poesía popular, flor brotada sobre los ocultos enlaces entre la raza y la tierra, en simbólico anonimato, sino áspera poesía de plebe agraria, encorvada sobre el surco donde fluye su sangre para fecundar la semilla que servirá para alimento ajeno, como el

vellón de las ovejas virgilianas. Y al leer esas canciones en que el instrumento de la jerga rural, propia de lo cómico, canta una tragedia embrutecedora, como desde el fondo de los corrales y los establos donde el toro se envileció en la domesticidad bovina, el lector añora el otro ruralismo, el ruralismo patricio en que un Mistral, por ejemplo, eleva hasta la dignidad homérica la visión de las landas provenzales, coronadas de crinas que flotan al viento...

Gabriel ALOMAR

# POEMAS ORIENTALES

— TS'IN PAO —

El nombre de este interesante, sensible y atormentado poeta llega borrosamente hasta nosotros; y su biografía se nos muestra oscura y a veces apócrifa, conservándose los documentos sobre él muy raros y desfigurando la leyenda su historia.

Sébastien Congre halló el precioso manuscrito de los poemas de Ts'in Pao en la biblioteca de los Padres Jesuitas de Zi Ka Wei, monasterio situado a siete kilómetros de Chang Hai; y de estos poemas, algunos subsisten muy lastimosamente mutilados.

Ts'in Pao es un poeta chino, que floreció muchos siglos antes de nuestros veinte siglos, y sus versos parecen escritos en los modernos días por un europeo. ¡Vaya para cuando no pocos occidentales escriben en chino primitivo!

Se diría que Ts'in Pao ha pertenecido a un cenáculo simbolista de los nuestros, y la más fresca, la más reciente emoción domina en sus creaciones.

## Fin de jornada

«Pequeño rectángulo cultivable, mi papel se hace azul a la penumbra vespertina.

Y un pincel insiste ahora, prosiguiendo a tientas su ferviente jardinería minuciosa.

Hace un tiempo agradable. Los gritos agudos de las golondrinas... Las linternas que resplandecen...

Yen-Ouha se agita, cantando, en la contigua cámara: se está poniendo bella para la noche.

Se marchita el nelumbo del otoño en un vaso.

—No, Yen-Ouha; esta noche, no...

La voluptuosidad es compañía demasiado loca; ella nos separaría de nosotros mismos.

Si tú quieres (el uno refugiado en el otro y tomándonos las manos como inocentes niños), nos dedicaremos a pensar, estremecidos, el gran placer de vivir y estar juntos.

Que así estén nuestras almas esta noche; que así se acaricien y desfallezcan...

Ts'in Pao es afable y sensible. Ama a su Amiga, la vida, las bellas formas, los bellos colores y las Bellas Letras. Su corazón, en los breves versos, palpita toda vía, vive y siente ahora...

## Invitación al plagio

«Yo quisiera que dentro de centenares de años un joven estudiante enamorado exhumara de mi tumba olvidada un poema de amor que fuera grato a sus emociones, y las expresara a su agrado.

Yo le permito (y también le ruego) co-

piarlo y ofrecerlo como suyo a la virgen a quien ame.

Tú no has de hacer, bello escolar, sino cambiar el nombre de la muerta.

Y tu amada dirá en confidencia a sus amigas: «El es poeta, es poeta... Lee la declaración que me ha escrito en versos de siete caracteres...»

Entonces, sobre la delgada hoja se agruparán frescos rostros sonrosados, y debido a Ts'in Pao y a Yen-Ouha, dentro de centenares de años, habrá todavía turbación en el corazón de unas muchachas y secretillos amorosos bajo los manzanos en flor.

El dulce y bello nombre de Yen-Ouha, persistentemente repetido, llena e idealiza los versos de Ts'in Pao, y las dos palabras intraducibles para nosotros, que fijan ese nombre, a la vez evocan el vuelo de la golondrina y el abrirse de las flores...

El poeta pondera la beldad de su amada.

Yu-Kono-thien-ting

«En los antiguos días, los pacientes Jardineros-Que-Hacen-Floreser-La-Porcelana se inclinaron ante el deslumbrante trono de Che-tsong, y pidieron al Hijo del Cielo se dignara elegir el color de las transparentes tazas en que se posarían Sus labios divinos. Che-tsong era muy anciano, muy sabio y estaba muy rendido y saturado de gloria y de incienso, más que una secular estatua de Fo en el templo de los Lamas.

Se dignó salir de su sueño beatífico y levantar sus párpados graves.

La imperial mirada se perdió más allá de las terrazas de mármol, de las columnas de jade y de los techos de esmalte amarillo, y sonrió al bello cielo primaveral...

«Que esas tazas—dijo finalmente—sean como el impalpable azul, tal cual aparece entre las nubes grises-y-rosadas a-través-de-la-onda.»

El té humeante, bella y suave Yen-Ouha, se refleja en tus pupilas. Ellas tienen la inexpresable dulzura azul con que soñaba el viejo emperador.

Sobre todo, una emoción no extinguible y nueva predomina en los poemas de Ts'in Pao, una emoción de ahora, que la emoción es esencialmente actual, o no es nada.

Y subsistiendo a través de siglos y de formas, la emoción solamente es el verdadero clasicismo y el último cultrán.

Como todo se clasifica en arte, pudieranse clasificar estos avanzados poemas «Poesías fugitivas» o «Suspirillos» chinos...

Y estas fugas y estos suspirillos llegan íntegros a nuestro corazón, aun a pesar



de que, transplantándolos, hemos anulado penosamente la forma esencial en Arte.

Y formas nuevas e innumerables se han sucedido con los tiempos. Pero, ¿no hay en estos centenarios poemas, además del fondo, una secreta forma y hasta una forma moderna? ¿Y queda en el dominio poético la más breve gramínea que no hayan, hace veinticinco siglos y más, recolectado ya los chinos?...

Precisamente la escritura china, recargada de analogías y de imágenes, nos puede dar esas modalidades con que pretendemos caracterizar la poesía moderna, y un escrupuloso amante de los últimos modos llega a ver, asombrado, que muchos modos de Ts'in Pao son modernísimos...

La emoción de Ts'in Pao, pese a los siglos y a las modalidades que se suceden, tiene una actualidad definitiva que nada posterior puede envejecer.

He aquí otros de los delicados poemas de Ts'in Pao:

Conversación frívola

I

«Pequeño, pequeño, mi Pequeño-Todo; yo te llamaba mi Pequeño-Todo, pequeña niña, pálida y frágil, pequeña niña inquietante. ¡Oh, bello amor de mis quince años!

Tú marchabas, resignada, junto a tu insuperable mamá, llevándole el quitasol y el abanico. Y te importaba poco su pesada charla monótona, porque en ti cantaban poemas ingenuos que cada no-

che trazaba yo, con rasgos minúsculos, sobre unas hojitas. Arrugadas en bolas, yo las lanzaba por la ventana en tu alcoba; tú las guardabas en tus senos desnudos.

Tus padres eran vendedores de especias. Ellos te vigilaban de muy cerca; mas yo acechaba tus menores salidas.

Nos reuníamos en la campiña. Mis manos se deslizaban por las mangas largas y acariciaban tu espalda de adolescente. Mis labios vagaban por tu cuello. Las enramadas eran cámaras de amor.

Y yo te amaba, yo quería desposarme, mal que pesara a la oposición de los tuyos; llevarte conmigo; que viviéramos juntos los dos, siempre, siempre, pequeño, pequeño, mi Pequeño-Todo.

Pero yo no sabía ningún oficio, ni tenía mucha fuerza.

Un bello día tú te dejaste de nuestras demasiado furtivas caricias. Y te casaste con el mejor cliente de tu padre.

II

Muy adolorido de recuerdos, héme aquí, hecho hombre, ante la casa en que habitas ahora. No me atrevo a pasar la puerta. Doy un rodeo por el jardín, donde se seca la ropa conyugal sobre las ramas de los manzanos.

Miro por el ojo de la cerradura.

Tú vas y vienes, afanada. Ordenas las cosas en la salita.

Hay sobre una estera una niña que da vueltas de campana...

Se parece a ti.

Cuando tenga quince años, tu quitasol y tu abanico ella los llevará. Ella también se esconderá versos de amor entre sus senos menudos.

... Y después, un hermoso día se casará con el mejor cliente de su padre.

He aquí, finalmente, una poesía de Ts'in Pao, moderna desde hace más de veinticinco siglos:

Cielo privado

«El fondo redondo de la linterna encendida se proyecta en negro sobre el piso.

Yo deseo pasear mi sueño; yo, fatigado de tantos poemas a la Luna, en este cielo en que se aburre este Astro impreyisto.

¡Una luna, en fin, negra!

José BRUNO

## LECTURAS

Salvador González Anaya acaba de publicar un nuevo libro.

Más bien que una novela, como el propio autor reconoce, *El castillo de irás y no volverás* es una narración autobiográfica, y precisamente por lo que tiene de historia, interesante y emocional, ofrece mayor atractivo.

La penetración psicológica, el dominio del idioma y el humorismo agrisulce del estilo que campean en la relación de la

aventura sentimental del protagonista, confirman el complejo y refinado temperamento literario de que ya nos dió González Anaya prueba plena en *La sangre de Abel*.

Con *El castillo de irás y no volverás*, el notable autor malagueño renovará su triunfo.

(X)

Se ha publicado el volumen XVIII de las obras completas de Gómez Carrillo. Es el tercer libro de las crónicas y contiene los admirables artículos en que el ilustre escritor estudia las obras de Barrés, Maeterlinck, Bataille, Balzac y de los poetas simbolistas y las interviú con Rubén Darío y Catulo Mendés.

(X)

La Editorial Mundo Latino ha publicado el tomo XIV del teatro de Ibsen. Contiene este volumen: *Halvard Solness* y *El despertar de nuestra muerte*.

(X)

Se ha impreso y puesto a la venta el gracioso juguete cómico, en tres actos, *¡Tío de mi vida!*, que con extraordinario éxito se representa desde hace tres meses en el teatro de la Comedia.

También se ha impreso el sainete *Los hombreritos*, original de Enrique Calonge.

(X)

### "Nuestra Señora de las Voluptuosidades"

Novela, por Luis Federico Ronquete. Libro encantador, frívolo y atrayente, de amenísima lectura. Gran éxito de librería. Pesetas, 4. Venta en todas las librerías. Caballero Gracia, 28. Envía, reembolso, Yagües. Apartado, 502.

FABRICA DE RELOJES

DE

# CARLOS COPPEL

MADRID. = Fuencarral, 27

\*\*\*

Exposición de relojes de pared  
de todas clases, estilos y precios

GRAN SURTIDO EN RELOJES DE COCINA

== Catálogos gratis ==




Carlos Coppel



# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

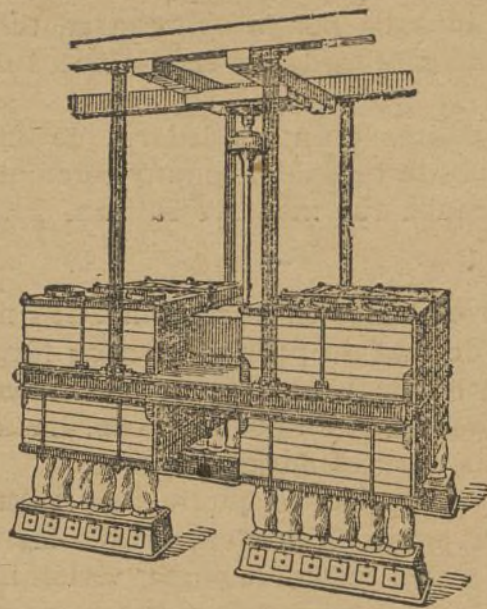


## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



# BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36

**MADRID**

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para  
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.  
Fábricas de Pastas Alimenticias.  
Fábricas de Malte y de Cerveza.  
Tejerías Mecánicas.  
Fábricas de Ladrillos silico-calcáreos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de  
**FÁBRICAS DE HARINAS**  
CON MODERNO DIAGRAMA

❖ ❖ ❖ ❖ PÍDANSE CATÁLOGOS Y OFERTAS ❖ ❖ ❖ ❖



Entrada principal del Hotel de París

# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.  
Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.  
Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

# AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)